

## MENAECHMI

(Los Menecmos)

de Plauto

### ARGUMENTO

A un mercader siciliano, que tenía dos hijos gemelos, le fue arrebatado uno de ellos y el mercader murió poco después. El abuelo paterno dio, al niño que quedó, el nombre del desaparecido y convirtió a Sosicles en Menecmo. Cuando éste creció, se fue a buscar a su hermano por todas partes. Llegó a Epidamno, donde precisamente había sido criado su hermano, después del rapto. Todos los habitantes creyeron al recién llegado su conciudadano, y lo tenían por Menecmo. Amante, esposa, suegro, todos se equivocaron. Los dos hermanos acabaron por reconocerse.

### PERSONAJES

CEPILLO, parásito de Menecmo I.  
MENECCMO I, ciudadano de Epidamno, robado en su niñez.  
MENECCMO II, su hermano gemelo.  
EROTIA, cortesana amante de Menecmo I.  
CILINDRO, cocinero de Erotía.  
ESCLAVA de Erotía.  
SEÑORA, esposa de Menecmo I.  
VIEJO, suegro de Menecmo I.  
MÉDICO.  
ESCLAVOS del viejo.  
(La escena transcurre en Epidamno.)

### PRÓLOGO

En primer lugar, espectadores, deseo para vosotros, y para mí, salud y prosperidad. Con esto comenzaré mi mensaje. Os traigo a Plauto en la lengua, no en la mano, prestadme, por tanto, favorable y benigna atención y así escuchad el tema con cuidado. Voy a resumirlo cuanto me sea posible. Con referencia a otra cuestión, ya sabéis lo que hacen nuestros poetas cómicos. Tienen siempre la pretensión de que la acción transcurra en Atenas, para que su obra tenga más aire griego. Yo sólo la situaré donde se dice que realmente aconteció. Por consiguiente, el tema es griego, pero no ático, sino siciliano.

Después de esta digresión, paso a deciros el argumento y tendréis de él una buena medida. No por celemines, ni por fanegas; sino porque volcaré todo el granero; así es de generoso mi humor en cuanto a la narración.

Había en Siracusa cierto mercader, ya entrado en años, padre de dos hijos gemelos. Los niños eran tan parecidos, que su nodriza no podía distinguir a cuál de los dos daba el pecho. La misma madre tampoco lo lograba. Al menos así me lo aseguró alguien que había visto a los niños, podéis creer que esa persona no fui yo. Cuando los niños cumplieron siete años, su padre se dispuso a cargar un gran navío con muchas mercancías. Embarcó consigo a uno de los gemelos y lo llevó a Tarento, donde le llamaba el comercio, mientras el otro se quedaba en casa al lado de la

madre. Cuando llegó tenían lugar los juegos en Tarento; y, como siempre hay juegos, había acudido mucha gente. El niño, entre la muchedumbre, se apartó de su padre y se perdió. Allí se encontraba otro mercader de Epidamno, el cual recogió al niño y lo llevó consigo a Epidamno. El padre, desesperado por haber perdido a su hijo, cayó enfermo de dolor y murió en Tarento, algunos días después. Cuando el abuelo, en Siracusa, supo estos sucesos y que el niño había desaparecido y el padre había muerto en Tarento, hizo cambiar el nombre del niño que le quedaba. Por amor al desaparecido dio su nombre al nieto que tenía junto a sí y le llamó Menecmo, como se llamaba el desaparecido; el abuelo también se llamaba así. Recuerdo fácilmente el nombre, pues lo oí cuando le llamaban. Así, pues, para que no os equivoquéis, os advierto, desde ahora, que el nombre de ambos hermanos gemelos es el mismo. Volvamos a Epidamno, a fin de que os dé cumplida cuenta de este asunto. Si hay entre vosotros quienquiera alguna comisión en esta ciudad, no tenga reparo entablar y mandarme; pero a condición de darme algo por el trabajo. Pues, si no me da algún dinero, como si cantara..., y si me lo diera, seré peor todavía. Pero vuelvo a mi punto de partida y esta vez ya no me moveré. Aquel Epidamno, de quien os hablaba hace un momento, se llevó a uno de los gemelos, pues no tenía más que sus riquezas. Adoptó al niño encontrado, como hijo suyo, le dio mujer con dote y al morir le nombró su heredero. Y así, un día que volvía del campo después de grandes lluvias, pretendió vadear un río, no lejos de la ciudad. La violencia de la corriente hizo perder pie al mercader y se llevó a nuestro hombre de la peor manera. De esta forma el hijo adoptivo se vio dueño de una gran fortuna: ahora vive en Epidamno y es el gemelo raptado. El otro, el que habita en Siracusa, acaba de llegar hoy a Epidamno, con su escudero, y busca a su hermano en esta ciudad. Mientras dure este relato, la ciudad que veréis aquí es Epidamno. Cuando se haga otra comedia, otra será la ciudad, de la misma manera que cambian de papel los actores, y hay uno mismo que es alcahuete, joven, viejo, pobre, mendigo, rey, parásito, charlatán. (...)<sup>1</sup>

## ACTO PRIMERO

### ESCENA I

CEPILLO, parásito.

CEPILLO.- La juventud me llama Cepillo, porque cuando como, dejo limpia la mesa. Tener encadenados a los cautivos, poner grillos en los pies de los esclavos que se fugan, es, en mi modesto parecer, una solemne tontería. Pues si un desgraciado ve aumentar su mal con otro mal, mayor será su deseo de huir y de hacer daño. De algún modo se librarán de las cadenas. Los que tienen hierros en los pies, liman las anillas o hacen saltar el clavo con una piedra. ¡En fin, niñerías! Si tu quieres guardar a un hombre con la mayor seguridad y que éste no huya, hay que retenerlo por la comida y la bebida. Átale el pie a una mesa bien llena. Siempre que le suministréis lo que quiera comer y beber, a discreción, a sus anchas, todos los días, nunca se escapará, aunque corra peligro su vida. Para retenerle fácilmente he aquí con qué cadenas hay que inmovilizarle. ¡Admirable elasticidad la de esos lazos alimenticios! Cuanto más se extienden más se estrechan. De este modo yo corro a casa de

<sup>1</sup> Siempre que aparezcan estos puntos entre paréntesis, significa que en el original existe una laguna.

Menecmo, atado de pies y manos, huyendo de mí mismo, ante mis cadenas. Pues es un hombre que no contento con nutrirnos, os engorda, os repone. No hay mejor médico que él. Así es como está hecho este buen joven; él mismo es el más temible trinchante. Todas las comidas que ofrece son banquetes de Ceres<sup>2</sup>. El os lleva hacia su mesa, él os abrumba con sus montañas de platos. Hay que ponerse de pie en el lecho, si se quiere llegar al final. Pero todos estos días he tenido que interrumpir mis visitas. Me he visto forzado a encerrarme entre cuatro muros, con lo que hay de más caro para mí, pues compro y como siempre lo más caro<sup>3</sup>. Pero he aquí que todos estos objetos queridos empiezan a abandonar la mesa en que estaban colocados; también ahora encuentro a mi bienhechor. Justamente la puerta se abre. Es Menecmo en persona, a quien veo dispuesto a salir.

## ESCENA II

MENECMO I y CEPILLO.

MENECMO I *(De espaldas a los espectadores. A su mujer que esta dentro de la casa).* - Si no eres una mala bestia, una tonta, una criatura intratable e insoportable, debe disgustarte a ti también lo que molesta a tu marido. De ahora en adelante, desde hoy mismo si continúas tratándome así, te echo de casa. Te repudio y te mando a casa de tu padre. No pudo poner un pie en la calle, sin que me llames y trates de retenerme. Y así me preguntas: ¿Adónde vas? ¿Qué haces? ¿Qué negocio tienes entre manos? ¿Qué vas a buscar? ¿Qué traes? ¿Qué haces fuera? Me he casado con un aduanero; tengo que declararle todo lo que hago sin omitir detalle. Te he mimado mucho, pero de ahí cómo debo proceder en lo sucesivo. Puesto que criados, provisiones, lanas, joyas, vestidos, púrpura, todo te lo he dado, todo, en abundancia y tú me faltas por nada, si no quieres que llegue la desgracia, dejarás de espiar a tu marido; es lo más sensato. Por tanto, para que me vigiles por algo, para premiar tu celo, pagaré a una muchacha y la invitaré a cenar en cualquier parte de la ciudad.

CEPILLO.- *(Aparte).* - Parece dirigirse a su mujer y aquí no hay nadie más que yo. Si cena en la ciudad, no es de su mujer, sino de mí de quien se venga.

MENECMO I *(Viendo que su mujer entra en la casa).* - ¡Victoria! A fuerza de querellarme, he acabado por alejar a mi mujer de la puerta. ¿Dónde están los maridos afortunados? ¿Por qué tardan en venir a ofrecerme sus presentes y sus felicitaciones? ¿No he defendido valerosamente su causa? *(Muestra una capa que oculta bajo su manto.)* He aquí una capa que acabo de robar a mi mujer y llevo a mi querida. Así hay que actuar; atrapar con gracia estas moscas finas que nos vigilan. ¡Gran hazaña, buen casco, bonito engaño, golpe maestro! No sin pena por mi parte, he sido un bribón con mi condenada mujer y llevo algo, caminote mi propia ruina. He saqueado este botín al enemigo en beneficio de mis aliados.

<sup>2</sup> En las fiestas de Ceres que se celebran en Roma, del 12 al 19 de abril se daban banquetes al pueblo en el circo.

<sup>3</sup> Juego de palabras, sin traducción posible, sobre la palabra carus, que tiene dos sentidos.

- CEPILLO *(Que se ha mantenido al lado opuesto en la casa de Menecmo)*. - ¡Eh, amigo! ¿No hay nada para mí en este botín?
- MENECMO I *(Oyendo a Cepillo sin verle)*. - ¡Estoy perdido! He caído en una emboscada.
- CEPILLO. - No, es un refuerzo que llega, no estás perdido.
- MENECMO I.- ¿Quién está aquí?
- CEPILLO. - Soy yo.
- MENECMO I.- ¡Qué suerte la mía! ¡Salve! *(Le tiende la mano.)*
- CEPILLO. - ¡Salud!
- MENECMO I. - ¿De dónde sales?
- CEPILLO. - Tengo la suerte de mi lado.
- MENECMO I. - No podías llegar más a tiempo.
- CEPILLO. - Es mi modo de ser. Soy maestro en el arte de elegir un buen momento.
- MENECMO I.- ¿Quieres examinar un buen trabajo?
- CEPILLO. - ¿Quién es el cocinero que lo ha preparado? Nada más ver las sobras, sabré si ha hecho algún desatino.
- MENECMO I. - Dime. ¿Has visto alguna vez una pintura mural representando a Ganimedes raptado por un águila o a Adonis por Venus?
- CEPILLO. - Más de una vez, pero ¿qué tengo yo que ver con esta pintura?
- MENECMO I *(Mostrando la capa que lleva bajo el manto)*. - Mírame ¿no me encuentras parecido a ella?
- CEPILLO. - ¿Qué es este disfraz?
- MENECMO I.- Acepta que soy el más atractivo de los hombres.
- CEPILLO. - ¿Adónde vamos a comer?
- MENECMO I. - Responde antes a lo que te pregunto.
- CEPILLO. - Sea; eres el más atractivo de los hombres.
- MENECMO I. - ¿No tienes nada que añadir por la parte?
- CEPILLO.- Y el compañero más alegre.
- MENECMO I. - Continúa.

- CEPILLO. - Por vida de..., no; no continúo, sin saber con qué razón. Tú estás reñido con tu mujer. Hay esa razón más para que tome mis precauciones contigo.
- MENECSMO I. - Tenemos que enterrar la jornada sin que mi mujer sepa dónde encendemos la antorcha.
- CEPILLO. *(Interrumpiéndole)*. - ¡Ah, esta vez sí has tenido pico de oro! Pronto, ¿dónde hay que arrimar la antorcha? Este día está medio muerto; está perdido hasta el ombligo.
- MENECSMO I. - Te atrasas tú mismo al interrumpirme.
- CEPILLO. - Menecsmo, deseo que me ciegues y hagas saltar mis ojos de sus órbitas si de nuevo te interrumpo.
- MENECSMO I. - ¡Aléjate de esta puerta y ven por aquí!
- CEPILLO. - Como quieras.
- MENECSMO I. *(Alejándose aún más)*. - Avanza aún, valientemente; evita la entrada de la leona.
- CEPILLO. - ¡Por Pólux! Podrías ser un famoso cochero de circo.
- MENECSMO I. - ¿Por qué?
- CEPILLO. - Miras sin cesar hacia atrás, por miedo a que tu mujer te sorprenda.
- MENECSMO I. - Pero, dime...
- CEPILLO. - ¿Yo? Lo que quieras; te diré sí, si dices sí; no, si dices no.
- MENECSMO I. - Si te hacen oler alguna cosa, ¿podrías adivinar por el olor...? (...)
- CEPILLO. - (...)... Es como si consultases al colega de los augurios.
- MENECSMO I. - Pues bien. Aspira un poco esta prenda que tengo aquí. ¿A qué huele? (Le muestra el bajo de la capa. Cepillo retrocede.) ¿Retrocedes?
- CEPILLO. - Por arriba es por donde hay que oler las prendas femeninas. De este otro lado infecta la nariz, con una peste insufrible.
- MENECSMO I. - Huélelo, pues, por aquí, querido Cepillo. (Le presenta el cuello de la prenda; Cepillo apenas lo roza.) Parece que te disgusta.
- CEPILLO. - Hay por qué.
- MENECSMO I. - ¿Por qué? ¿A que te huele? Responde.
- CEPILLO. - Un olor a rapto, a ramera, a comida...

MENECSMO I. - Puedes (...) Todo lo has adivinado... (...) Voy a ofrecérselo a mi querida, a la bella Erotía. Al mismo tiempo, haré preparar una cena para mí, para ti y para ella.

CEPILLO. - Perfectamente.

MENECSMO I. - Y podemos..., hasta que aparezca la estrella de la mañana.

CEPILLO *(Interrumpiéndole)*. - ¡Bravo!, He aquí lo que se llama hablar con claridad. ¿Llamo a la puerta?

MENECSMO I. - Llama. *(Cepillo llama reiteradamente.)* O espera un poco.

CEPILLO. - Retrasas mil años la llegada de las bebidas.

MENECSMO I. - Llama suavemente.

CEPILLO. - ¡Tienes miedo? Creo que la puerta no está en tierra de Samos. *(Llama de nuevo.)*

MENECSMO I. - Espera, espera, te lo suplico, ¡por Hércules! Justamente ya sale. ¡Ah, el sol que nos alumbra se eclipsa con el radiante esplendor que parte de ella!

### ESCENA III

EROTÍA, CEPILLO Y MENECSMO I

EROTÍA.- Buenos días, corazón mío, querido Menecmo.

CEPILLO. - ¿Y yo?

EROTÍA. - Tú no cuentas.

CEPILLO. - Hay lugar en el ejército para los supernumerarios.

MENECSMO I. - Yo he dispuesto para hoy, y en tu casa, todos los aprestos de un combate.

EROTÍA. - ¡Vaya por hoy!

MENECSMO I. - En este combate, uno y otro *(Mostrando a Cepillo.)* haremos correr el vino. Aquel de nosotros que se muestre mejor guerrillero en esta lucha de botellas será elegido por ti, para pasar la noche contigo. ¡Oh placer de mi vida! Cuando te veo, mi mujer me parece odiosa.

EROTÍA. - Sin embargo, llevas algo de ella. *(Cogiendo una punta de la capa que asoma por debajo.)* ¿Qué es esto?

MENECSMO I. - Una prenda para ti, de la cual he despojado a mi mujer, ¡oh rosa mía!

- EROTÍA *(En tono delicado)*. - ¡Qué bien te las arreglas para tomarle la delantera a todos mis adoradores!
- CEPILLO. - Una cortesana se hace de mieles cuando ve algo que llevarse. Si la amas, le arrancarás la nariz a mordiscos.
- MENECSMO I. *(Desembarazándose de su manto)*. - Toma esto, Cepillo. Voy a robar estos despojos, pues he hecho voto de ofrecérselos a mi diosa.
- CEPILLO. Dámelo. *(Menecmo queda vestido solamente con su túnica por encima de los hombros tiene la capa de su mujer)*. - Pero, ¡por los dioses!, te lo suplico, bailemos alguna cosa, así, con ese manto.
- MENECSMO I. - ¿Bailar yo? ¡Por Hércules! ¿Estás loco?
- CEPILLO. - ¿Cuál de los dos lo está más? ¿Tú o yo? Si no bailas, quitátelo.
- MENECSMO I. - ¡Qué de peligros he corrido hoy robándolo! Hércules no corrió tantos al sustraer a Hipólita su cinturón. Tómallo para ti, pues sólo tú entre todas vives para complacerme. ¿No es esto lo que debían hacer todos los verdaderos amantes?
- CEPILLO *(Aparte)*. - Sí; todos los que no tienen otra cosa que hacer más que tratar de arruinarse.
- MENECSMO I.- Hace un año, se lo compré a mi mujer por cuatro minas.
- CEPILLO.- Cuatro minas perdidas; cuentas exactas.
- MENECSMO I *(A Erotía)*.- ¡No habrás olvidado lo que te mandé preparar!
- EROTÍA. - Todo estará preparado según lo deseas.
- MENECSMO I. - Haz, pues, servir en tu casa una cena para nosotros. Compra en el mercado finas viandas, mollejas de cerdo, jamón salado, cochinillo o algo por el estilo. En fin, que estén los platos bien sazonados, bien servidos y que me hagan comer como un buitre. Y todo ello en seguida.
- EROTÍA. - Así se hará, ¡por Cástor!
- MENECSMO I. - Nosotros nos vamos al foro; estaremos de vuelta en un instante. Mientras se hace la cena, beberemos unas copas.
- EROTÍA. - Venid cuando queráis; todo estará preparado.
- MENECSMO I. - De todos modos, hazlo rápido. *(A Cepillo.)* Sígueme.
- CEPILLO. - ¡Por Baco, sí, te sigo y no te pierdo de vista! No te quiero perder hoy ni por todos los tesoros de los dioses. *(Salen.)*
- EROTÍA *(A sus esclavos)*. - Llamad, en seguida, a Cilindro, mi cocinero.

#### **ESCENA IV**

##### **EROTÍA Y CILINDRO**

- EROTÍA. - Toma tu cesta y estoy tres escudos.
- CILINDRO. - Está bien.
- EROTÍA. - Vete a hacer la compra y trae las provisiones. Serán las necesarias para tres personas: ni pocas ni demasiadas.
- CILINDRO. - ¿Quiénes son tus comensales?
- EROTÍA. - Yo, Menecmo y su parásito.
- CILINDRO. - Entonces para diez personas. Pues sólo el parásito come por ocho.
- EROTÍA. - Ya te he dicho quiénes son los comensales; lo demás te toca a ti.
- CILINDRO. - Perfectamente; todo estará preparado y podrán comer cuando quieran.
- EROTÍA. - Vuelve pronto.
- CILINDRO. - Al instante.

#### **ACTO SEGUNDO**

##### **ESCENA I**

##### **MENECMO II Y MESENIÓN**

- MENECMO II *(Llegando del lado del puerto)*. - No, Mesenión; creo que no hay mayor placer para el marino que ver tierra en el horizonte.
- MESENIÓN. - Para no mentir, hay uno mayor: ver la tierra natal y llegar uno a su casa. Pero te ruego me digas, ¿por qué hemos venido ahora a Epidamno? ¿Es que vamos, como el mar, a rodear todas las islas?
- MENECMO II. - Para buscar a mí hermano gemelo.
- MESENIÓN. - ¿Cuál será el término de nuestra busca? Ya hace seis años que no hacemos otra cosa. Hemos visto, histros, españoles, marselleses, ilirios, gentes del mar Adriático, de la Grecia exterior, de la costa de Italia, todo lo que baña el mar, todo lo que puede ser visitado. Si lo que buscamos fuese una aguja, creo que ya la habrías encontrado hace mucho tiempo. Pero lo que buscamos es un muerto entre los vivos, ya que si viviese aún, hace mucho tiempo que lo hubiésemos descubierto.



MENECCMO II. - Entonces debo encontrar a alguien que me lo asegure, que me diga con seguridad que ha muerto; y en ese caso, no seguiré buscándole. De otro modo, mientras viva, no dejaré de seguir sus huellas. Solo yo sé cuán caro es a mi corazón.

MESENIÓN. - Es como hacer un nudo en un bastón. ¿No nos tendrá más cuenta volver a nuestra casa? ¿O es que quieres escribir un día la historia<sup>4</sup>?

MENECCMO II. (Con sorna). - Haz la que se te dice, come lo que se te da y ten cuidado. No me aburras más tiempo; no tienes que mandarme.

MESENIÓN. - ¡Ah! He aquí unas palabras que aluden a mi estado de servidumbre. Es imposible expresarse con más claridad en una frase. Pero, sin embargo, no puedo callarme. Escucha. Menecmo: ¿has inspeccionado nuestra bolsa? No hay duda que estamos ligeramente equipados. Te aseguro, ¡por Hércules!, que si no entras en razón, pronto te arrepentirás, de haber buscado a tu gemelo. Conozco a la gente de este país; los Epidamno son grandes juerguistas y grandes bebedores; la ciudad abunda en intrigas y en estafadores de toda especie. ¡Y cuántas muchachas alegres! Se dice que no hay país donde mejor sepan engañar. Por eso se llama, esta ciudad, Epidamno: porque no se puede vivir en ella sin condenarse.

MENECCMO II.- Bien, tendré en cuenta tus recomendaciones. Mientras tanto, dame la bolsa.

MESENIÓN. - ¿Qué quieres hacer?

MENECCMO II. - Tus palabras me hacen temer algo de ti.

MESENIÓN. - ¿Qué temes?

MENECCMO II.- Que visites Epidamno a mi costa. Te gustan demasiado las mujeres, Mesenión. Yo soy colérico e impulsivo por temperamento. Teniendo la bolsa, evitaré dos percances, a ti que caigas en falta; a mí el enfadarme.

MESENIÓN.- ¡Ten, guárdala! Me haces un gran favor.

## ESCENA II

### CILINDRO, MENECCMO II Y MESENIÓN

CILINDRO. - Estoy contento; he encontrado en el mercado todo lo que quería. Podré servir a mis comensales una buena cena. (Viendo a Menecmo (II.)) Pero es Menecmo al que veo ahí. ¡Cuidado con mis espaldas! Los comensales se pasean a la puerta de casa y aún no he vuelto del mercado. Les abordaré y les hablaré. ¡Buenos días, Menecmo!

<sup>4</sup> Como Herodoto, que escribió la historia de los países que visitó.

- MENECCMO II. - ¡Qué los dioses te bendigan, seas quien fueres!
- CILINDRO. - ¿Sea quien fuere? ¡Cómo! ¿No sabes quién soy?
- MENECCMO II.- No, a fe mía.
- CILINDRO (Mirando a su alrededor). - ¿Dónde están los otros comensales?
- MENECCMO II (Extrañado). - ¿Qué comensales buscas?
- CILINDRO. - A tu parásito.
- MENECCMO II. - ¿Mi parásito? (A Mesenión.) Ciertamente, está loco.
- MESENIÓN (Bajo a Menecmo). - ¿No te había dicho que hay aquí gran cantidad de estafadores?
- CILINDRO. - (...) <sup>5</sup>
- MENECCMO II. - Amigo, dime, ¿cómo se llama ese parásito mío, a quien buscas?
- CILINDRO. - Cepillo.
- MENECCMO II. - Justamente lo tengo aquí, bien seguro, en mi equipaje.
- CILINDRO. - Veo que te has apresurado para volver. Yo ahora, Menecmo, vengo del mercado.
- MENECCMOII. (Revolviendo en su bulto). - Contéstame, amigo mío. ¿A cómo cuestan aquí los puercos, sin defectos, para los sacrificios?
- CILINDRO. - A un denario.
- MENECCMO II. - Toma este denario y hazte exorcizar a mi costa. Estoy seguro que estás loco, para burlarte así de un desconocido, sea quien fueres<sup>6</sup>.
- CILINDRO. - Soy yo Cilindro. ¿No me conoces?
- MENECCMO II. - Que seas Cilindro o Coliandro, por mí que te ahorquen. No te conozco, ni me importa quién eres.
- CILINDRO (Insistiendo). - Veamos, ¿te llamas Menecmo?
- MENECCMO II. - Eso creo. Hablas sensatamente cuando me llamas por mi nombre. Pero ¿dónde diablos me has conocido?
- CILINDRO (Estupefacto). - ¿Dónde te he conocido?... ¿No eres el amante de Erotía mi dueña, que vive aquí?

<sup>5</sup> Aquí hay un verso que se considera sólo en el palimpsesto, pero mutilado e indescifrable.

<sup>6</sup> Considerándose que la locura podía ser enviada por los dioses para castigar una falta, era a veces objeto de "purificación".

- MENECCMO II. - Ni soy su amante ni sé tampoco quién eres tú.
- CILINDRO. - ¿Qué no sabes quién soy? Sin embargo, muchas veces te he servido de beber, cuando vienes de francachela a nuestra casa.
- MESENIÓN *(Aparte)*. - ¡Qué desgracia no tener nada a la mano para romperle la crisma a este granuja!
- MENECCMO II *(Subiendo poco a poco el tono)*. - ¿Con que tienes la costumbre de servirme de beber? Hasta hoy no he venido a Epidamno.
- CILINDRO. - ¡Qué! ¿Lo niegas?
- MENECCMO II. - Por los dioses, lo niego.
- CILINDRO *(Señalando a la casa de Menecmo)*. - ¿No vives tú en esa casa?
- MENECCMO II. - Que los dioses confundan a los que la habitan.
- CILINDRO *(Aparte)*. - Tienes que estar loco, para maldecirte a ti mismo. *(Alto.)* Escucha, Menecmo.
- MENECCMO II. - ¿Qué quieres?
- CILINDRO. - Si me crees, con este escudo, que acabas de ofrecerme, harías bien en procurarte un lechoncillo para sacrificar en vez de ser yo el que lo haga, pues, ¡por Hércules!, que no debes estar muy en tus cabaes cuando te maldices a ti mismo.
- MENECCMO II. - ¡Dioses!, ¡qué charlatán tan aburrido, y que personaje más abrumador!
- CILINDRO *(A los espectadores)*. - A menudo tiene la costumbre de divertirse a mi costa. No hay hombre a quien le guste más reír que a él, sobre todo, cuando su esposa está ausente. *(A Menecmo.)* Dime. *(Menecmo pone cara de no oírle.)* Escucha, dime. *(Enseñándole su cesta.)* Con las provisiones que hay aquí dentro, ¿crees que habrá bastante para vosotros tres, o se buscará algo más para ti, para tu parásito y para tu beldad?
- MENECCMO II. - ¿Qué me cuentas con las beldades y los parásitos?
- MESENIÓN *(A Cilindro, con tono amenazador)*. ¡Qué afán es el tuyo de fastidiarlo hasta ese extremo!
- CILINDRO. - ¿A qué te mezclas tú en estas cosas? No te conozco. Por lo menos, a él le hablo porque le conozco.
- MESENIÓN. - Por los dioses, estás enfermo. No hay más que verte.
- CILINDRO. - Bien; me arreglaré para que todo esté cocinado en unos instantes. No te alejes de la casa. ¿No quieres pedirme nada más?
- MENECCMO II. - Sí, que te vayas al diablo.

- CILINDRO. - Harías mejor, por los dioses, en sentarte a la mesa, mientras expongo todo esto a la violencia de Vulcano. Voy a entrar a decir a Erotía que te quedas aquí, a la puerta, para que venga a buscarte y dejes de estar ahí, de centinela. *(Entra en la casa.)*
- MENECCMO II. - ¡Por fin se fue! ¡Se ha marchado! A fe mía, no me habías mentido; ahora me doy cuenta de ello.
- MESENIÓN. - Has de tener el mayor cuidado, pues es aquí, según creo, donde vive la dama en cuestión, por lo que ha dicho este pedazo de loco.
- MENECCMO II. - Pero ¿cómo ha podido saber mi nombre? Es lo que me extraña.
- MESENIÓN. - No tiene nada de raro. Es costumbre de las cortesanas enviar al puerto jóvenes esclavos, hombre o mujeres. Si algún barco extranjero entra en el puerto, ellos procuran averiguar de qué país es y cómo se llama su propietario. Seguidamente, sin perder un minuto, se pegan, se enganchan a su hombre, y si consigue atontarlo sólo lo dejarán volver a su casa cuando hayan agotado su bolsa. *(Señalando a la casa de Erotía.)* Pues bien, he ahí, en ese puerto, un pícaro que te acecha. No debemos confiar un momento.
- MENECCMO II. - ¡Por Hércules! El consejo es bueno.
- MESENIÓN. - Sólo sobré que es bueno si tú mismo te pones en guardia.
- MENECCMO II. - Cállate un poco; la puerta cruje. Veamos quién sale de ahí.
- MESENIÓN. - Mientras tanto, voy a dejar esto. *(Se desembaraza de la maleta que lleva y se la da a los marineros que le siguen.)* ¡Cuidado con esto, remeros!

### ESCENA III

EROTÍA, MENECCMO II Y MESENIÓN

- EROTÍA *(Saliendo de la casa y dirigiéndose a Cilindro, que quiere cerrar la puerta).* - Deja así la puerta. No quiero que esté cerrada. Entra, prepara todo, ten cuidado de todo, vigila todo. Haz bien lo que sea necesario. *(A otros esclavos, en el interior de la casa.)* Vosotros, aderezad las camas, quemad los perfumes. El lujo es un incentivo para los amantes. Su placer es su ruina y nuestro provecho. *(Buscando a Menecmo.)* Pero ¿dónde está? Mi cocinero me ha dicho que se hallaba delante de la casa. ¡Ah, helo ahí! Ya veo a este amigo que tan útil me es y tan querido. En cuanto a mí, sé reconocer sus méritos; en mi casa es el preferido. Me acercaré y le hablaré la primera. *(A Menecmo II, con tono cariñoso.)* Corazoncito mío, ¿cómo estás ahí, a la entrada de la casa, cuando mi puerta está siempre abierta para ti? No te encuentras aquí como en tu propio hogar? Todo está a punto (...), como lo has pedido, como lo has querido y no seré yo quien te haga esperar. Se han seguido tus órdenes para la cena. Podemos sentarnos a la mesa cuando te plazca.
- MENECCMO II. - ¿A quién habla esta mujer?

- EROTÍA.- A ti.
- MENECCMO II. - ¿Qué hay de común entre nosotros? ¿Qué tengo que ver contigo?
- EROTÍA.- Hay, pues, que Venus ha querido que sólo a ti reserve mi amor y mi estimación, como te mereces. ¡Por Cástor! ¿No es a tu generosidad a quien debo toda mi brillante fortuna?
- MENECCMO II *(Bajo a Mesenión)*. - Seguramente esta mujer está loca o borracha para hablarme tan familiarmente. Soy un hombre a quien no conoce.
- MESENIÓN *(Bajo, a Menecmo)*. - ¿No te había dicho que éstas eran las costumbres de este lugar. Aún no son más que hojas que caen, en comparación de lo que pasará, de aquí a tres días, si permanecemos sobre ti. Las cortesanas de esta tierra son todas lo mismo: se fingen locas para sacárnosle dinero. Pero déjame a mí decirle unas palabras. *(Alto.)* ¡Eh, mujer! *(Erotía queda mirando a Menecmo.)* Tengo que decirte algo.
- EROTÍA. - ¿Quién es?
- MESENIÓN. - ¿Dónde has conocido a este hombre?
- EROTÍA. - En Epidamno. Hace mucho tiempo. En el mismo lugar donde él me ha conocido a mí.
- MESENIÓN. - ¿En Epidamno? Hasta hoy no había puesto aquí los pies.
- EROTÍA. - Bromeas, según creo. *(A Menecmo.)* Mi querido Menecmo, te lo ruego, ¿por qué no entras? Estarás mejor en mi casa.
- MENECCMO II.- Por los dioses, no hay error; me llama por mi nombre. ¡Qué historia más extraña! No entiendo nada.
- MESENIÓN *(Bajo, a Menecmo)*. - Ha husmeado la bolsa que llevas contigo.
- MENECCMO II. - Tienes razón al recordármelo. ¡Ten, tómalala! Quiero ver si es a mí o a mi bolsa a quién quiere.
- EROTÍA. - Entremos a sentarnos a la mesa.
- MENECCMO II *(Defendiéndose)*. - No, gracias... Eres demasiado buena.
- EROTÍA. - Entonces ¿por qué me has ordenado hace un rato que te prepare una cena?
- MENECCMO II. - ¿Te he dicho yo que me preparases una cena?
- EROTÍA. - Para ti y para tu parásito.
- MENECCMO II. - ¿Qué parásito? Esta mujer está loca.
- EROTÍA. - Cepillo.
- MENECCMO II. - ¿Quién es ese Cepillo? ¿El de lustrar los zapatos?

- EROTÍA. - Cepillo, el que vino contigo hace poco, cuando me traías la capa que habías robado a tu mujer.
- MENECSMO II. - ¿Para qué? ¿Te he dado un manto que le he robado a mi mujer? Seguramente es como los caballos castrados. Sueña de pie; está loca.
- EROTÍA. - ¿Qué placer sientes burlándote de mí y negando lo que es verdad?
- MENECSMO II. - Dime, ¿qué es lo que he hecho y niego después?
- EROTÍA. - ¿No me has dado una capa de tu mujer?
- MENECSMO II. - No, cien veces, no; lo niego: jamás he tenido mujer, ni antes ni ahora. Jamás, desde que he nacido, puse los pies en esta ciudad, Jamás he franqueado esta puerta. He almorzado a bordo de mi barco, lo he dejado para venir aquí y acabo de verte por vez primera.
- EROTÍA. - ¡Pobre de mí! Estoy perdida. ¿Qué historia es ésta? ¿De qué barco se trata?
- MENECSMO II. - De un barco de madera, a menudo averiado, muy claveteado, muy trasteado. Es como un taller de peletero; las clavijas están las unas sobre las otras.
- EROTÍA. - Por favor, deja esas bromas y ven conmigo.
- MENECSMO II. - Yo no sé a quién quieres, hermosa, pero en cualquier caso no será a mí.
- EROTÍA. - Veamos. ¿No es a ti, Menecmo, a quien conozco? ¿A ti, Menecmo, hijo de Mosco, nacido, como sabemos, en Siracusa, en Sicilia, donde reinó el rey Agatocles, después Filias, después, en tercer lugar, Liparón, que dejó al morir el cetro a Hierón, el cual reina actualmente?
- MENECSMO II. - Es exacto. No mientes.
- MESENIÓN. - ¡Oh Júpiter! ¿Es que vienes de allí para conocerlo tan bien?
- MENECSMO II. - ¡Por los dioses! No hay medio de decirle por más tiempo que no.
- MESENIÓN. - No hagas nada; te pierdes si pasas el quicio de esa puerta.
- MENECSMO II. - Vamos, icállate de una vez! (*Aparte.*) Se presenta algo bueno. Asentiré a todo lo que diga esta mujer, y me haré alojar a ese precio. (*A Erotía, bajo.*) Tenía mis razones para contradecirte hace un momento. Temía que este pillito le fuera a contar a mi mujer lo relativo a la capa y a la comida. ¡Ahora, vamos dentro cuando quieras!
- EROTÍA. - ¿No esperas a tu parásito?
- MENECSMO II. - Ni le espero, ni le hago ningún caso. No quiero que le dejen entrar en casa cuando venga.
- EROTÍA. - Es una orden que ejecutaré con gusto. Pero, ¿sabes lo que debes hacer, si quieres agradarme?

MENECCMO II. - Manda lo que quieras.

EROTÍA. - Ya lo sabes. ¿Querías mandar la capa al bordador para que la repare y le añada algunos adornos que me gustan?

MENECCMO II. - ¡Por Hércules! Es una buena idea. Así, nadie la reconocerá; y si mi mujer te la ve puesta en la calle, no dudará de nada.

EROTÍA. - Por consiguiente, la llevarás hoy mismo, cuando te marches.

MENECCMO II. - De acuerdo.

EROTÍA. - Entremos.

MENECCMO II. - Te sigo. *(Señalando a Mesenión.)* Tengo que decirle una cosa. *(Ella entra en la casa.)* ¡Eh, Mesenión, ven acá!

MESENIÓN. - ¿Qué ocurre? ¿Hay que hacer eso?

MENECCMO II. - Es necesario. Sé lo que dirás de mí.

MESENIÓN. - Peor para ti.

MENECCMO II. - El botín es mío. ¡Bien empieza esto! Vete lo antes que puedas. Lleva a tus hombres a la taberna. En cuanto a ti, arréglatelas para venir a buscarme antes de que se ponga el sol.

MESENIÓN. - Señor, tú no conoces a esta clase de mujeres.

MENECCMO II. - ¡Calla, te digo! (...) Me dolerá a mí, no a ti, si hago una estupidez. Esta mujer es necia. Por lo que he podido ver hace un momento, aquí nos espera una buena presa.

MESENIÓN. - Estoy perdido. *(Al ver a Menecmo II entrar en la casa de Erotía.)* Tú también estás perdido. Nuestro barco corre a su ruina, a remolque de un pirata. Pero yo soy tonto del todo si pretendo moderar a mi amo. Me ha comprado para que le obedezca y no para que le aconseje. *(A sus compañeros.)* Seguidme. Tendré tiempo de volver a buscarle, como me ha ordenado.

## ACTO TERCERO

### ESCENA I

CEPILLO.

CEPILLO. - Más de treinta años hace que he nacido y jamás he hecho peor trampatojo ni más funesto que el de hoy. Así, he ido como un pobre tonto a colarme en medio de la asamblea. Mientras yo estaba allí embobado, Menecmo se ha librado de mí. Creo que ha ido a casa de su amante, sin querer llevarme consigo. ¡Que todos los dioses confundan al primero que inventó las

asambleas populares que ocupan a los hombres ocupados! No hubiera sido mejor elegir a los ociosos para el asunto, y si no asistían al ser citados incautarse en seguida de sus bienes? (...) Hay muchos que se contentan con una sola comida al día y ni tienen nada que hacer, ni invitan ni son invitados a cenar. Es a éstos a quienes hay que darles el trabajo de la asamblea y del comercio. Si así se hiciera, no hubiese perdido yo hoy una comida. (Con ironía.) Pues tan seguro estoy de que me la querían servir como de que ahora estoy vivo. (...) Veamos: todavía tengo la esperanza de algunas sobras para consolarme. Pero, ¿qué veo? Menecmo sale con una corona. El banquete ha terminado. ¡Por Pólux! Llego con el tiempo justo para llevármelo. Observaré lo que hace, y después me acercaré para hablarle.

## ESCENA II

### MENECMO II Y CEPILLO.

- MENECMO II *(A Erotía, en la casa.)* – Puedes estar tranquila. *(Enseñándole la capa que lleva.)* Hoy mismo haré que te la arreglen con gracia, y te la devolveré en seguida. Te prometo que nadie podrá decir que es la misma. ¡Tan desconocida quedará!
- CEPILLO. – Va a llevar la capa a casa del bordador, y ya la comida ha sido comida, la bebida ha sido bebida y el parásito dejado a la puerta. ¡Por Hércules! Antes dejaré de ser quien soy que dejar esta injuria sin hermosa venganza. He aquí lo que le preparo.
- MENECMO II *(Sin ver a Cepillo.)*. – ¡Oh dioses inmortales! ¿Habéis obsequiado jamás a un hombre con una suerte mejor y más inesperada? He comido y bebido con una bella muchacha al lado, y me llevo esta capa que ya no volverá a ver.
- CEPILLO *(Que se esfuerza en vano por oír las palabras de Menecmo.)*. – Imposible oír lo que dice desde este rincón. Y ahora que tiene el vientre lleno, ¿hablará de mí y de la parte que me ha guardado?
- MENECMO II *(Lo mismo.)*. – Ella pretendía que se lo había yo dado, después de habérselo robado a mi mujer. En cuanto comprendí su error, me puse a opinar como si estuviera de acuerdo con ella; a cualquier cosa que dijese, yo decía lo mismo. En resumen, nunca he sido mejor tratado por este precio.
- CEPILLO *(Avanzando hacia él.)*. – Me acercaré a éste; voy a trastornar un tanto su júbilo.
- MENECMO II. – ¿Quién será este hombre que viene hacia mí?
- CEPILLO. – ¡Eh, miserable! Tú que eres más voluble que una pluma, tuno y desvergonzado sin igual, ¿qué daño has sufrido de mí para que quieras perderme? Me has dejado en el foro. Has liquidado la comida sin mí. ¿Cómo te has atrevido a tal cosa? ¿No tenía yo también parte en la herencia?
- MENECMO II. – ¡Ah! ¿También tenemos nosotros algo que solventar para que vengas a insultar a un hombre a quien no conoces? ¡Te daré el castigo que merece tu insolencia!



- CEPILLO. - ¡Por Pólux! Ya me lo has dado; bien comprobado lo tengo.
- MENECSMO II. - Responde, muchacho, ¿cuál es tu nombre?
- CEPILLO. - ¡Te burlas aún! ¡Como si no supieses mi nombre.
- MENECSMO II. - Te juro que no; nunca te he visto antes de hoy, ni te conocía. Pero en verdad, seas quien fueres, te aconsejo que no me enojés.
- CEPILLO. - ¡Menecmo, despierta!
- MENECSMO II. - Que yo sepa, estoy bien despierto. ¡Por Hércules!
- CEPILLO. - *(Con tono de afectuoso reproche.)* - ¿No me conoces?
- MENECSMO II. - Si te conociese, no lo negaría.
- CEPILLO. - ¿No conoces a tu parásito?
- MENECSMO II. - No tienes bien la cabeza, muchacho, por lo que entiendo.
- CEPILLO. - *(Tocando la capa que tiene Menecmo.)* - Contesta. ¿No has robado hoy a tu mujer esta capa para dársela a Erotía?
- MENECSMO II. - Ni tengo mujer, ni di nada a Erotía, ni he robado la capa. ¿Estás loco?
- CEPILLO. - *(Con gesto desesperado.)* - Todo está perdido. ¿No te he visto salir de tu casa disfrazado con esta capa?
- MENECSMO II. - ¡Mal rayo...! ¿Tomas a todos por libertinos como tú? ¿Pretendes haberme visto disfrazado con una capa de mujer?
- CEPILLO. - ¡Por Hércules! Así es.
- MENECSMO II. - ¿No te irás adonde debes ir? ¡Ve a que te desembrujen, archiloco!
- CEPILLO. - ¡Por Pólux, no habrá ruego bastante que pueda impedirme ir a contarle todo a tu mujer! ¡Me pagarás caras tus afrentas! ¡Déjame hacer! No te habrás comido todos los manjares impunemente. *(Entra en casa de Menecmo I.)*
- MENECSMO II. - *(Solo.)* - ¿Qué es lo que pasa? ¿Es posible que todas las personas que encuentro estén de acuerdo para divertirse a mi costa? *(Mirando del lado de la casa de Erotía.)* Pero la puerta suena.

### ESCENA III

#### UNA CRIADA Y MENECSMO II.

- CRIADA. - *(Se dirige a Menecmo con un brazalete en la mano.)* - Menecmo, Erotía te agradecerá mucho que, al mismo tiempo que la capa, lleves esto al joyero, para que le añada una onza de oro. Quiere que se lo deje nuevo. *(Le da el brazalete.)*

- MENECSMO II. - Entendido. Me encargaré de esto, como de todo lo que quiera mandarme. Díselo; no tiene más que hablar.
- CRIADA. - ¿No sabes de dónde procede este brazalete?
- MENECSMO II. - Sólo que es de oro.
- CRIADA. - Lo quitaste secretamente a tu mujer del armario. Tú mismo me los has dicho.
- MENECSMO II. - ¡Por Hércules! Nunca lo he hecho.
- CRIADA. - ¿No te acuerdas? ¡Misericordia! Entonces, devuélveme el brazalete, si te falta la memoria.
- MENECSMO II. - Espera; ya recuerdo; éste es el que le di...
- CRIADA. - El mismo.
- MENECSMO II. - ¿Dónde están los brazaletes grandes que le di al mismo tiempo?
- CRIADA. - Nunca se los diste.
- MENECSMO II. - ¡Si tal! Se los he dado con éste.
- CRIADA. - ¿Le digo que te ocuparás de este encargo?
- MENECSMO II. - Díselo. Procuraré que le traigan al mismo tiempo la capa y el brazalete.
- CRIADA. - Te ruego, mi querido Menecmo, me obsequies con unos pendientes y me mandes hacer unos colgantes cuyo peso no sea superior a dos dracmas. Así te veré con gusto cuando vengas por nuestra casa.
- MENECSMO II. - Sea. Entrégame el oro; yo pagaré la mano de obra.
- CRIADA. - Adelántamelo. Te lo devolveré sin falta.
- MENECSMO II. - No. Entrégalo tú misma; te lo devolveré doblado.
- CRIADA. - No tengo.
- MENECSMO II. - Bien, cuando lo tengas me lo darás.
- CRIADA. - ¿No me necesitas?
- MENECSMO II. - Di a tu ama que me ocuparé de esto. (*Aparte, bajando la voz.*) Para que todo sea vendido lo antes posible, a su precio. (*La criada entra en la casa de Erotía.*) ¿Por fin ha entrado? Sí, ya se fue; ha cerrado la puerta... (...) En verdad que todos los dioses me ayudan, me colman, me miman. Pero no perdamos el tiempo. Aprovechemos la ocasión que se nos ofrece y escurramonos de estos lugares de rufianes. ¡De prisa, Menecmo! ¡Adelante! ¡En marcha! ¡Quitémonos esta corona y arrojémosla a la izquierda, para que si me siguen crean que me he marchado por ese lado. Entre tanto, voy a

intentar, si puedo, reunirme con mi esclavo, para hacerle partícipe de todos los dones que me envían los dioses. *(Sale por la derecha.)*

## ACTO CUARTO

### ESCENA I

MUJER DE MENECSMO I Y CEPILLO.

MUJER *(Continuando la conversación que ya han iniciado.)* - ¡Y he de sufrir tanto engaño en mi matrimonio y de ver mi marido rapiñado lo que hay en la casa para llevárselo a su querida?

CEPILLO. - ¡Calla! Haré que lo sorprendas en forma evidente. Sígueme por aquí. Borracho, con una corona en la cabeza, se fue a llevar al bordador la capa que te ha robado hoy. *(Al ver en el suelo la corona que tiró Menecmo II.)* Pero aquí está la corona que llevaba. ¿Miento acaso? Por aquí se ha ido; puedes seguirle por las huellas. *(Menecmo I aparece por la izquierda.)* Pero, ¡por Pólux!, he ahí que vuelve a punto. Y no trae la capa.

MUJER. - ¿Qué debo hacer con él ahora?

CEPILLO. - Lo mismo que siempre: darle mala vida, es un consejo. Vámonos de aquí. Ponte en acecho y no le pierdas de vista. *(Se retiran al fondo de la escena para no ser vistos.)*

### ESCENA II

MENECSMO I, SU MUJER Y CEPILLO.

MENECSMO I. - ¡Tonta e insoportable manía la nuestra, sobre todo la de los de clase elevada! Queremos aumentar sin término el número de nuestros clientes. Que sean buenos o malos, eso no nos importa, pues la fortuna de éstos es lo único que cuenta, mucho más que su probidad. Si es honrado, pero pobre, no es nada; si es mala persona, pero rico, se le tiene por el mejor de los parroquianos. ¡Y luego hay gentes sin fe ni ley que tienen preocupados a sus patronos! Niegan haber recibido lo que se les ha dado. Siempre dudan enredados en procesos, son rapaces, falaces y bribones, y sólo deben su fortuna a la usura o al perjurio. Sólo piensan en líos. Cuando se los cita ante el tribunal, se cita también a sus patronos, pues éstos tienen que ir a hablar para disculpar sus bribonadas; y el asunto es llevado ante el pueblo, o ante el pretor<sup>7</sup>, o ante un árbitro. Hoy, un maldito cliente me ha importunado de mil maneras, impidiéndome hacer lo que quería. Así, me ha retenido y detenido. Tuve que defenderle ante los ediles por fechorías tan graves como numerosas. He propuesto arreglos complicados, llenos de trampas. Dije, poco más o menos, que no era necesario en el debate, porque tenía un compromiso con garantía. ¿Y qué hace nuestro hombre? ¿No se ve obligado a cantar? Nunca, en los días de mi vida, he visto a un hombre más convicto de impostura. De todos sus malos actos tenía tres testigos encarnizados contra él. Que todos los dioses le

<sup>7</sup> Alusión al litigio *in-jure* ante el pretor.

confundan por haber tenido hoy la idea de ir a echar una ojeada al foro. Había mandado preparar una comida. Mi amante me espera; estoy seguro. He aprovechado la primera ocasión para zafarme rápidamente del tribunal. Erotía debe de estar enfadada conmigo a estas horas. *(Asegurándose.)* ¡Bah! La capa que le di la apaciguará.

- CEPILLO *(A la mujer de Menecmo.)*. - ¿Qué dices?
- MUJER. - Que estoy casada con un pésimo marido.
- CEPILLO. - ¿Oyes bien lo que él ha dicho?
- MUJER *(Con amargura.)*. - He oído demasiado.
- MENECSMO I. *(Dirigiéndose a casa de Erotía.)*. - ¿Y si entrase en su casa para pasar un buen rato? Será lo mejor.
- CEPILLO *(Colocándose ante él para cerrarle el paso.)*. ¡Espera! Disparte mejor para pasarlo mal.
- MUJER *(Que aparece a su vez ante él.)*. - ¡Por Cástor! Me pagarás cara la capa que me has robado.
- MENECSMO I. - ¡Me han cogido!
- MUJER. - ¿Creías poder hacer tus maldades sin que se supiese?
- MENECSMO I. *(Con tono conciliador.)*. - ¿Pues de qué se trata, mujer?
- MUJER. - ¿Me preguntas a mí?
- MENECSMO I. - ¿A quién tengo que preguntar? *(Se acerca a su mujer para acariciarla.)*
- MUJER. - ¡Nada de caricias!
- CEPILLO. - Lo sabe, pero disimula el falsario.
- MENECSMO I. - ¿Qué pasa?
- MUJER. - La capa.
- MENECSMO I. - ¿La capa?
- MUJER. - Sí, la capa... ¿Es lo que te causa miedo?
- MENECSMO I. - Nada me da miedo. *(Aparte.)* Salvo esa capa, que me trastorna un poco.
- CEPILLO. - Esto te enseñará a no tragarte la comida a mis espaldas. *(A la mujer.)* Dale fuerte.
- MENECSMO I. - ¿No callas?

- CEPILLO.- ¿No, por Hércules? No callaré. *(A la mujer.)* Me hace señales con la cabeza para que no diga nada.
- MENECSMO I.- ¡No es cierto! No te hago señas con la cabeza ni con los ojos
- CEPILLO.- ¡Que cinismo! Negar con la mayor frescura lo que se ve claramente.
- MENECSMO I.- Te juro, mujer mía, ¡por Júpiter y todos los dioses!, que no le he hecho ninguna señal. ¿Te basta este juramento?
- CEPILLO.- Esta bien; ella no busca líos ni embrollos. Volvamos al hecho.
- MENECSMO I.- ¿Adónde quieres que vuelva?
- CEPILLO.- A casa del bordador, ¿no? Vete y trae la capa.
- MENECSMO I.- ¿De que capa estas hablando?
- CEPILLO.- Callaremos, puesto que ella no recuerda el asunto.
- MUJER.- ¡Dioses! ¡Que desgracia la mía!
- MENECSMO I.- ¿Tú, desgraciada? ¿Por qué? Explícate. ¿Ha cometido falta alguno de tus esclavo? ¿Te replican estos o los criados? ¡Dilo; no quedarán sin castigo!
- MUJER.- ¡Simplezas!
- MENECSMO I.- *(Aparte.)* - Tiene aspecto de estar de mal humor. *(A ella.)* No me gusta verte así.
- MUJER.- ¡Simplezas!
- MENECSMO I.- Es seguro que estas enfadada con alguien de casa.
- MUJER.- ¡Simplezas!
- MENECSMO I.- ¿Es conmigo con quien estas enfadada?
- MUJER.- Esta vez no son ya simplezas.
- MENECSMO I.- ¡Por los dioses! ¡En nada te he faltado!
- MUJER.- ¡Bueno! Ya vuelves a decir simplezas.
- MENECSMO I.- *(Acariciándola, zalamero.)* Dime, mujer mía, ¿que te causa pena?
- CEPILLO.- El niño bonito que quiere engatusarte.
- MENECSMO I. *(A Cepillo.)* -¿Quieres no molestarme? ¿Te hablo a ti?
- CEPILLO.- ¡Te han cogido! Otra vez te darás más prisa en comer sin mí, y vendrás después con la corona, y borracho, a caer, burlándote de mí, junto a la puerta.

- MENECMO I.- ¡A fe mía, que hoy no he comido, ni he puesto los pies aquí en todo el día!
- CEPILLO.- ¿Lo niegas?
- MENECMO I.- ¡Por Hércules! De verdad lo niego.
- CEPILLO.- ¡Nadie es más audaz que este hombre! ¿No te he visto yo aquí, hace un momento, ante esa casa (*Señala la de Erotía.*) con una corona de flores, cuando me negaste que estuviera bien de la cabeza y dijiste que no me conocías, porque eras extranjero?
- MENECMO I.- Desde que te deje, no he vuelto a casa hasta ahora.
- CEPILLO.- Te conozco. Pensabas que no tenía medios de vengarme. ¡Mira! Se lo he dicho todo a tu mujer.
- MENECMO I.- ¿Qué le dijiste?
- CEPILLO.- No lo sé. Pregúntaselo a ella.
- MENECMO I.- ¿Qué es esto, mujer mía? ¿Qué es lo que te ha podido contar? ¿Qué es? ¿Por qué callas? ¿Por qué no me dices lo que pasa?
- MUJER.- ¡Como si no lo supieras! Me han robado una capa en mi propia casa.
- MENECMO I.- ¿Te han robado una capa?
- MUJER.- ¿Y tú me lo preguntas?
- MENECMO I.- ¡Caramba! Si lo supiese no te lo preguntaría.
- CEPILLO.- ¡El malvado! ¡Como disimula! Pero es inútil que lo quieras ocultar; está al corriente de todo, ¡por mi vida!
- MENECMO I.- ¿Qué es ello?
- MUJER.- Ya nada te avergüenza y no quieres reconocer tu falta, escucha y presta mucha atención. Sabrás por qué estoy enojada y qué ha sido lo éste me ha contado. En mi casa, me han robado una capa.
- MENECMO I.- ¿Qué me han robado a mí?
- CEPILLO. (*A la mujer.*) – El pícaro procura enredarte. (*A Menecmo.*) A ella es a la que se la han robado, no a ti, pues si te la hubieran robado a ti, estaría ahora segura.
- MENECMO I.- No tengo nada que ver contigo. (*A su mujer.*) Pero tú, ¿qué dices?
- MUJER.- Decía que me han robado una capa de mi casa.
- MENECMO I.- ¿Quién es la que te la ha sustraído?

- MUJER.- Supongo que el que se la he llevado debe saberlo.
- MENECCMO I.- ¿Quién es ese hombre?
- MUJER.- Un tal Menecmo.
- MENECCMO I.- ¡Por Pólux! ¡Que mala acción! ¿Quién es ese Menecmo?
- MUJER.- Tú mismo, digo yo.
- MENECCMO I.- ¿Yo?
- MUJER.- Tú.
- MENECCMO I.- ¿Quién me acusa?
- MUJER.- Yo misma.
- CEPILLO.- Y yo también. Tú has ido a llevársela, ahí enfrente, a tu querida Erotía.
- MENECCMO I.- ¿Yo se la he dado?
- MUJER.- Tú mismo.
- CEPILLO.- Habrá que traer una lechuza que diga "tú", "tú" hasta que se canse. (*Imita es grito de la lechuza.*) Nosotros ya no tenemos fuerza para repetirlo más.
- MENECCMO I.- Juro por Hércules y por todos los dioses, mujer, que no he dado esa capa.
- CEPILLO.- Y nosotros tomamos a todos los dioses por testigos de que no decimos falsedad.
- MENECCMO I.- Pues yo no se la di, sino que se la presté.
- MUJER.- ¡Por Cástor! ¿He prestado yo alguna vez tu clámide o tu capa a alguien? Los vestidos de la mujer no deben ser prestados más que por la mujer, como los del marido por el marido.
- MENECCMO I.- Haré que te lo devuelvan.
- MUJER.- Harás bien, y no volverás a entrar en casa sin traer la capa al mismo tiempo. Ahora, vuelvo allá.
- CEPILLO.- (*A la mujer.*) ¿Qué recibiré yo por hacerte este servicio?
- MUJER.- Tendrás una cosa parecida cuando sea robado algo en tu casa. (*Entra en su casa.*)
- CEPILLO.- He aquí algo que nunca habrá de sucederme, pues no hay nada en casa que se pueda robar. ¡Marido y mujer, que los dioses os confundan a los dos! Apresurémonos a ir al foro, pues empiezo a ver claro que no hay sitio para mí en esta familia. (*Sale.*)



MENECCMO I.- Mi mujer cree que me ha castigado bien al dejarme en la calle. ¡Como si no tuviera lugares más agradables donde acogerme! Si te desagrado, tendré que resignarme; pero estoy seguro de agradar aquí. *(Señalando la casa de Erotía.)* Erotía, lejos de darme con la puerta en las narices, las cerrará con placer cuando yo haya transpuesto sus umbrales. Ahora voy a rogarle que me devuelva la capa que le he dado hace poco. La compensaré con otra mejor. *(Llama.)* ¡Eh! ¿Hay alguien aquí? Abrid y decid a Erotía que venga a encontrarme a la puerta de su casa.

### **Escena III**

EROTÍA Y MENECCMO I.

EROTÍA.- ¿Quién me llama?

MENECCMO I.- Alguien que te quiere más que a sí mismo.

EROTÍA.- ¡Menecmo mío! ¿Por qué te quedas ante la puerta? Sígueme adentro.

MENECCMO I.- ¡Un momento! ¿Sabes por qué vengo a verte?

EROTÍA.- Lo sé: para gozar un rato conmigo.

MENECCMO I.- ¡Por Pólux! No se trata de eso, sino de la capa que te he dado hace poco, y vengo a rogarte que me la devuelvas. Mi mujer ha sabido todo lo que ha pasado. Te indemnizaré con otra que valga el triple: tú la elegirás.

EROTÍA.- ¿Pero no te la he dado para que la llevases al bordado hace un momento, con el brazaletes que debías entregar al joyero para que lo transformase?

MENECCMO I.- ¿Tú me has dado la capa? Nunca me lo harás confesar. Desde el momento en que te la entregue, antes de irme al foro, hasta el presente, es la primera vez que te veo.

EROTÍA.- Sospecho lo que tramas. Quieres despojarme de lo que te he confiado. Es el fin que persigues.

MENECCMO I.- No, ¡por Pólux!, no es ésa mi intención. Ya te he dicho que mi mujer se ha enterado de todo.

EROTÍA.- No he sido yo quien te ha pedido esa prenda; fuiste tú quien vino a obsequiarme con ella. Tú me la habrías regalado, y me la vuelves a pedir. Está bien. Llévatela. Haced tú y tu mujer lo que os agrade con ella: metedla en un cofre, si os parece. Pero desde hoy no debes poner aquí los pies. Ya que todas mis bondades para contigo han sido pagadas con desprecio, has de traerme dinero contante y sonante si quieres algo de mí. En lo sucesivo, cuando quieras engañar, has de dirigirte a otro sitio. *(Entra, dando un portazo.)*

MENECCMO I.- ¡Por Hércules! Exageras. Escucha un momento. Deténte. ¿No quieres hacerme el favor de volver. Se fue adentro; ha cerrado la casa. Y ahora me veo



arrojado de todas partes, tanto de mi casa como de la casa de mi querida. Nadie me quiere creer... Vayamos a ver a los amigos, y consultarles el caso.

## ACTO QUINTO

### Escena I

MENECSMO II Y MUJER DE MENECSMO I.

- MENECSMO II *(Con la capa aún.)*- Hice una tontería al confiar a Mesenión la bolsa con el dinero. Con seguridad se habrá ido a la taberna.
- MUJER *(Saliendo de casa.)* - Quisiera saber cuándo vuelve mi marido. Pero, ahí lo veo. ¡Estoy salvada! Trae la capa.
- MENECSMO II *(Sin ver la mujer.)* -¿Dónde estará Mesenión ahora?
- MUJER.- Me acercaré, y que reciba la acogida que merece. *(En voz alta.)* ¿No te avergüenza presentarte ante mí con esas trazas? ¡Calavera!
- MENECSMO II.- ¿Qué te ocurre, mujer?
- MUJER.- ¡Desvergonzado! ¿Te atreves a hablar, a dirigirte a mí?
- MENECSMO II.- Pero, en fin... ¿Qué he hecho yo para no atreverme?
- MUJER.- ¿Me lo preguntas? ¡Que desvergüenza!
- MENECSMO II.- Mujer, ¿sabes por qué los griegos llamaban perra a Hécuba?
- MUJER.- No lo sé.
- MENECSMO II.- Porque hacía exactamente como tú. No podía encontrarse con alguien sin hacerle objeto de toda clase de injurias. Eso le valió el sobrenombre de perra; no lo había robado.
- MUJER.- No puedo tolerar más tus insolencias. Prefiero estar el resto sin marido que sufrir tales groserías.
- MENECSMO II.- ¿Qué me importa que decidas quedarte en tu casa o dejar a tu marido? ¿Está de moda aquí contarle historias a los extranjeros que llegan?
- MUJER.- ¿Historias? Te digo que ya tengo bastante. ¿Entiendes? Y que prefiero vivir sin marido a soportar más tiempo con tu conducta.
- MENECSMO II.- ¡Por Hércules! Me es igual, y puedes vivir sin marido hasta el final del reinado de Júpiter, si quieres.
- MUJER.- Hace un momento negabas que me la habías robado. *(Mostrándole la capa.)* Y ahora la tienes ante mis ojos. ¿No te da vergüenza?

- MENECCMO II *(Irritado.)* -- ¡Vaya! Verdaderamente, mujer, no te falta cinismo ni picardía. ¿Te atreves a decir que te he quitado esta capa cuando fue otra la que me la dio para que se la lleve a arreglar?
- MUJER.- Claro que te la di, ¡por Cástor! Haré que vayan a buscar a mi padre y le contaré todos tus escándalos. *(Llama.)* ¡Decie! Ve a buscar a mi padre. Tengo absoluta necesidad de él. *(A Menecmo II.)* Le descubriré todas tus maldades.
- MENECCMO II.- ¿Estás loca? ¿Qué maldades?
- MUJER.- Las de robarla capa y las joyas de tu mujer y llevárselas a una querida. ¿Es exacto lo que dije?
- MENECCMO II.- Mujer, te ruego, ¡por Hércules!, que me indiques lo que debo beber para poder aguantar tus insolencias. No sé exactamente por quién me tomas. En cualquier caso, yo no te conozco ni más ni menos que a Portaon.<sup>8</sup>
- MUJER.- Búrlate de mí, si quieres, pero, ¡por Polúx!, no te burlarás de mi padre que viene allí. ¡Vuélvete! ¿No lo conoces?
- MENECCMO II.- Le conozco lo mismo que a Calcas. A él y a ti los he conocido el mismo día.
- MUJER.- ¿Niegas que me conoces? ¿Niegas conocer a mi padre?
- MENECCMO II.- ¡Por Hércules! Lo mismo diré de tu abuelo, si te da por traerlo.
- MUJER.- Esas palabras se retratan.

## ESCENA II

### VIEJO, MUJER Y MENECCMO II

- VIEJO. *(Avanza lentamente y se detiene para monologar.)*—Aligeraré el paso y me apresuraré tanto como me lo permita la edad y lo exija este caso. Pero no es fácil para mí, no lo disimulo. La agilidad me abandona, la vejez me consume. Mi cuerpo es una carga pesada. Mala mercancía es la edad. Trae consigo un largo cortejo de miserias, no acabaríamos de enumerarlas todas. Pero otra cosa preocupa a mi corazón y mi alma. ¿Qué puede pasar para que, súbitamente, mi hija me llame con insistencia, sin darme una explicación sobre lo que quiere? ¿Por qué me llama? En fin, poco más o menos, ya supongo lo que puede ser: habrá regañado con su marido. Estas mujeres que quieren dominar a sus maridos no hacen otra cosa; su dote las vuelve orgullosas e insoportables. Y ellos tampoco están siempre libres de culpa. En cualquiera caso, también tiene límites la paciencia de una mujer, y por otra parte... ¡Dioses! Una hija no hace venir a su padre sin que se haya cometido una falta grave o un motivo justo de discusión. En fin, sea lo que sea, pronto lo sabré. Precisamente la veo delante de su casa con su marido, que parece airado. Es lo que yo suponía; le hablaré.

<sup>8</sup> Padre de Eneo, rey de Etolia y abuelo de Deyanira, mujer de Hércules.

- MUJER.- Voy a su encuentro. (*Avanza hacia su padre.*) Muy buenos días, mi querido padre.
- VIEJO.- Muy buenos, mi querida hija. ¿Va todo bien? ¿Tienes alguna queja para llamarme? ¿Por qué estás enojada? Y él, ¿por qué está tan lejos de ti, con esa irritación? Sin duda habéis tenido algún altercado. Habla. ¿Cuál de los dos es el culpable? En pocas palabras; nada de largos discursos.
- MUJER.- Por mi parte no tengo nada que reprocharme: te lo aseguro, en primer lugar, padre mío. Pero no puedo vivir aquí más tiempo, a ningún precio. Llévame, pues, de esta casa.
- VIEJO.- ¿Qué quieres decir?
- MUJER.- Padre mío, se me desprecia y se me ultraja.
- VIEJO.- ¿Quién?
- MUJER.- El mismo a quien tú me has confiado; mi marido.
- VIEJO.- ¡Una riña más! ¿Cuántas veces te he aconsejado que no vengáis a molestarte con quejas, ni tú, ni tu marido?
- MUJER.- ¿Y cómo he de valerme, padre mío, para hacer otra cosa?
- VIEJO.- ¿Tú me lo preguntas? Basta con que quieras. ¿No te he dicho siempre que seas sumisa a tu marido, que no espíes lo que hace, adónde va, ni en qué se ocupa?
- MUJER.- Es el amante de una mujer que vive ahí al lado.
- VIEJO.- Y tiene razón. Estoy dispuesto a apostar que la querrá más que ti, debido a tu proceder.
- MUJER.- Además, bebe allí.
- VIEJO.- ¡Pero, bueno! ¿Es que no puede beber allí o donde le dé la gana? ¡Caramba! ¡Tiene gracia! ¿Quizá quisieras que mientras tú estas aquí, se le impidiese aceptar o recibir a un forastero de casa? ¿Querrías hacer esclavos a todos los maridos? De la misma manera ¿podrías desear ponerle una rueca en las manos, que se sentará entre las criadas y cardase la lana?
- MUJER.- Al oírte se diría que no te he llamado para mí, sino para mi marido. Siendo mi parte, defiendes su causa.
- VIEJO.- Si ha hecho algo mal, le reprenderé aún más que a ti. Pero si te provee de joyas y vestidos, te hace servir por criadas, mantiene el gasto de la casa, creo que debes ser razonable.

- MUJER.- ¡Pero si es que saca mis joyas y vestidos de las arcas y los lleva ocultamente a las mujerzuelas!
- VIEJO.- Hace mal, si tal hace. Si no es así, haces mal tú, ya que acusas a un inocente.
- MUJER.- ¿Inocente él? Mira, padre: todavía ostenta la capa y el brazaletes que había llevado a casa de esa mujer. Como le he descubierto, todo me lo vuelve a traer.
- VIEJO.- Voy a enterarme por él de lo que ha pasado. Me acercaré y la hablaré.  
(*Avanza hacia Menecmo II.*) Dime, Menecmo, ¿por qué disputáis? Querría saberlo. ¿Por qué tienes ese aspecto de irritado? ¿Y por qué ella esta enojada y se aleja de ti?
- MENECMO II.- (*Con el tono de quien pronuncia un solemne juramento.*)-Anciano, quienquiera que seas, sea cual fuere tu nombre, juro por el gran Júpiter y todos los demás dioses...
- VIEJO.- ¿Qué te propones? ¿Adónde quieres llegar?
- MENECMO II.- Que no he hecho ningún mal a esta mujer, y ella me acusa, sin razón, de haberle robado y llevarme de su casa esta capa... Desvaría. Si alguna vez he puesto el pie en su casa, acepto convertirme en el más miserable de los miserables. ¿Qué digo? Lo acepto con toda mi alma.
- VIEJO.- ¿Estás bien de la cabeza al desear tal cosa, y pretender que no has puesto los pies en la casa en que vives, archiloco?
- MENECMO II.- Y tú, ¿pretendes que vivo en esta casa?
- VIEJO.- ¿Tú lo niegas?
- MENECMO II.- Naturalmente.
- VIEJO.- ¿Cómo? ¿Te atreves a negarlo?... (...) A no ser que te hayas ido a vivir a otra parte desde esta noche... Acércate a este otro lado, hija mía; dime, ¿os habéis mudado de casa?
- MUJER.- ¿Para ir adónde? ¿Por qué razón? ¡Piedad!
- VIEJO.- ¡Oh! Yo nada sé de esto.
- MUJER.- Seguramente se burla de ti. ¿No lo ves?
- VIEJO.- ¡Vamos, Menecmo! Deja las bromas y habla en serio.
- MENECMO II.- ¿Qué tengo yo que ver contigo? ¿De dónde vienes tú? ¿Quién eres? ¿Qué te he hecho? ¿Qué le he hecho a esta mujer que me atormenta por todos los medios?
- MUJER. (*A su padre.*) ¿Ves cómo se le vidrian los ojos? ¿Y ese tinte verde que se le extiende por las sienes y frente? ¿Y la llama que lanza sus ojos?

- MENECCMO II.- Lo mejor que puede hacer, ya que pretende que estoy loco, ¿no es simular la locura para derrotarlos? *(Empieza a gesticular.)*
- MUJER.- ¡Cómo bosteza! ¡Cómo se estira! ¿Qué debo hacer?
- VIEJO.- Ven por aquí, hija. Aléjate de él lo más posible.
- MENECCMO II.- Evohé Baco! ¡Evohé Bromio! ¿A qué selva me llamas para cazar? Oigo tu voz, pero no puedo salir de estos lugares. Ya lo ves: a la izquierda, esta perra rabiosa me detiene; atrás tengo este viejo cabrón maloliente que, más de una vez en su vida, hizo condenar a ciudadanos inocentes con sus falsos testimonios.
- VIEJO.- ¡Qué la peste te consuma!
- MENECCMO II.- ¡Aquí estoy! Apolo me manda, por medio de su oráculo, que le quemé los ojos con antorchas ardientes.
- MUJER.- ¡Estoy perdida, padre mío! Me amenaza con quemarme los ojos.
- MENECCMO II. *(Aparte.)*- ¡Pobre de mí! Dicen que estoy loco y ellos son los primeros en desvariar.
- VIEJO.- ¡Hija, escucha!
- MUJER.- ¿Qué hacemos?
- VIEJO.- ¿Qué te parece si llamase a los esclavos? Traeré algunos para que lo lleven de aquí y lo encierren en la casa, antes de que promueva mayor escándalo.
- MENECCMO II *(Aparte.)* Esto va mal. Si no encuentro una solución, van a llevarme a su casa. *(En voz alta.)* ¿Quieres que mis puños le acaricien el rostro, sin contemplaciones, si no desaparece de mis ojos, para que se la lleve el demonio? Haré lo que mandas, ¡oh Apolo!
- VIEJO *(A su hija.)* Escapa a casa cuanto antes, no te vaya a zurrar.
- MUJER.- Marcho. Te ruego que lo vigiles, padre, y no lo dejes que se vaya. Soy muy a desgraciada al oír estas cosas. *(Se mete en la casa.)*
- MENECCMO II.- La situación mejora. He conseguido alejarla. Veamos ahora lo que hacemos con este repugnante viejo, esta vieja barba, este Tritón tembloroso, verdadero progenitor de Cicno. *(Alto.)* Así, pues, me ordenas que le rompa los miembros, los huesos, las articulaciones, con el mismo bastón que tiene en la mano.
- VIEJO *(Retrocediendo.)* ¡Ay de ti si tienes la desgracia de tocarme o acercarte a mí demasiado!
- MENECCMO II *(Simulando siempre hablar con el dios.)* Serás obedecido. Voy a tomar un hacha de dos filos y hacer picadillos con los huesos de este anciano.

- VIEJO.- Tendré que defenderme. Temo, al oír sus amenazas, qué me dé algún mal golpe.
- MENECSMO II.- ¡Mucho me mandas, Apolo! ¿Ahora quieres que disponga un tiro de caballos fogosos, indomables y que monte en mi carro para que destroce a este viejo león decrepito, maloliente, desdentado? Ya estoy en el carro, ya empuño las riendas, ya agito la tralla; está en mi mano. ¡Adelante, caballos! ¡Haced que suenen vuestros cascos! En vuestra rápida carrera, desplegad toda la agilidad de vuestras ligeras patas.
- VIEJO.- ¿Me amenazas con un tiro de caballos?
- MENECSMO II.- Aquí estoy, ¡Apolo! Por segunda vez me mandas arremeter contra este hombre que está ahí de pie, y que lo mate... (Se lanza; después, se detiene.) Pero, ¿quién me tira de los cabellos y me echa del carro? Revoca tu orden y tu palabra, ¡oh Apolo!
- VIEJO.- Por Hércules! ¡Qué terrible y cruel enfermedad! (...) ¡Grandes dioses, protegednos! ¡Hace un instante este desgraciado loco estaba normal! De súbito se ha apoderado de él esa dolencia. Ire, lo antes que pueda, a buscar el médico. (Sale.)

### ESCENA III

MENECSMO II, SOLO.

- MENECSMO II.- Por fin, partieron. ¿Acabarán por desaparecer los que me obligan a desvariar en plena salud? Rápidamente vuelvo a mi barco mientras pueda hacerlo sin peligro. (A los espectadores.) Y a vosotros, os ruego que si vuelve el viejo, no le indiquéis por qué calle me he escapado. (Sale.)

### ESCENA IV

VIEJO, SOLO.

- VIEJO (Vuelve por el lado de la ciudad).- Me duele la espalda de estar sentado, los ojos de mirar, mientras espero a que regrese el médico de sus visitas. ¡Qué tipo más pesado! ¡Se toma demasiado trabajo en acabar con sus enfermos! Pretende haberle arreglado una pierna a Esculapio y un brazo a Apolo. Pensando en ello, me pregunto si es un médico lo que traigo o un herrero<sup>9</sup>. En fin, por aquí viene. (Al médico.) ¡Aligera ese paso de hormiga!

<sup>9</sup> Es decir, si había curado a los dioses como médico, o había arreglado sus estatuas como herrero.

## ESCENA V

### MÉDICO Y VIEJO

- MÉDICO. - ¿Qué mal me dijiste que tenía? Cuenta, anciano. ¿Está poseso o embrujado? Querría saberlo. ¿Tiene letargo o hidropesía?
- VIEJO. - Si te he hecho venir es, precisamente, para que me lo digas y para que le cures al mismo tiempo.
- MÉDICO. - Nada más fácil. Pronto lo curaré.
- VIEJO. - Quiero que sea bien atendido, con los mejores cuidados.
- MÉDICO. - Bien; lanzaré más de seiscientos suspiros por día; para que nadie dude de mis cuidados.
- VIEJO *(Viendo venir a Menecmo I)*. - Aquí llega nuestro hombre, observemos lo que hace.

## ESCENA VI

### MENECSMO I, VIEJO Y MEDICO

- MENECSMO I *(Sin ver a nadie)*. - ¡Por Pólux! He aquí un día en que sólo he tenido desdichas y contrariedades. Todo lo que esperaba tener secreto ha sido revelado por mi parásito, el cual, como nuevo Ulises, ha cubierto de vergüenza y llenado de miedo a su soberano<sup>10</sup>. Pero aquél, ya tiene arreglada la cuenta: si los dioses me dejan la vida, le arrancaré la suya. Por otra parte, soy bastante bruto al decir la suya. ¿Su vida, no es mía, ya que lo he alimentado y engordado en mi mesa, a mi costa? Sólo le excluiré de entre los vivos. Y la otra sinvergüenza, ile ha dado bastante dignamente la réplica, siguiendo la buena tradición de estas tales! Porque cuando le pido que me devuelva la capa, para dársela a mi mujer, sostiene que me la ha dado. ¡Buen jurado, por Pólux! En verdad que soy muy desgraciado.
- VIEJO. - ¿Oyes lo que dice?
- MÉDICO. - Se duele de su mal.
- VIEJO. - Quisiera que le hablastes.
- MÉDICO. - ¡Salud, Menecmo! ¿Por qué destapas tu brazo? ¡No sabes que agravas tu mal?

<sup>10</sup> El parásito juega con Menecmo el mismo papel que Ulises con Agamenón. La palabra rey se puede entender en sentido propio y también porque los parásitos llaman así a sus protectores.

- MENECCMO I. - Ve a que te cuelguen.
- VIEJO *(Al médico)*. - ¿Notas algo?
- MÉDICO. - ¿Quién no lo notaría? Una fuga de eléboro no sería suficiente para esto... Pero dime, Menecmo.
- MENECCMO I.- ¿Qué quieres?
- MÉDICO. - Responde a mis preguntas. ¿Bebes vino blanco o tinto?
- MENECCMO I. - Vete a la horca, te digo.
- MÉDICO. - Ya comienza a darle de nuevo el acceso.
- MENECCMO I. - Mientras estás aquí, pregúntame si como corrientemente pan rojo, violeta o amarillo; si acostumbro a comer peces con plumas o aves con escamas.
- VIEJO. - ¡Caramba! ¿Oyes las extravagancias que suelta? ¿A qué esperas para darle una poción, antes de que la locura le domine por entero?
- MÉDICO. - Un momento. Quiero proponerle aún unas preguntas.
- VIEJO. - Me matas con tus discursos.
- MÉDICO *(A Menecmo I)*. - Responde a mis preguntas. ¿Suelen tus ojos ponerse duros por momentos?
- MENECCMO I. - ¿Qué? ¿Me tomas por un saltamontes, idiota?
- MEDICO. - Dime. ¿Nunca has sentido que te chillan las tripas? ¿Nunca lo has sentido?
- MENECCMO I. - Cuando están llenas, se callan; cuando están vacías, entonces gritan.
- MÉDICO. - A fe mía, que la respuesta no es de loco. ¿Duermes de un tirón hasta el día? ¿Duermes fácilmente cuando te asestas?
- MENECCMO I *(Con humor y encogiéndose de hombros)*. - Duermo de n tirón cuando he pagado mis deudas. ¡Qué Júpiter y los demás dioses te condenen! ¡Maldito preguntón!
- MÉDICO *(Al viejo)*. - Ya le vuelve el acceso. ¿Le oyes? ¡Guárdate!
- VIEJO. - Pero ahora es un Néstor, comparado con el que hablaba hace un momento. ¿No trataba a su mujer de perra rabiosa?
- MENECCMO I. - ¿Qué es lo que dije?
- VIEJO. - En tu acceso...
- MENECCMO I. - ¿Yo?



- VIEJO. - Sí, tú, tú mismo. Me amenazaste a mí también con hacerme destrozado por un carro de cuatro caballos... Eso es lo que te he oído decir. He aquí de lo que te acuso.
- MENECSMO I. - Y yo sé que tú les has robado a Júpiter su corona sagrada: y sé además, que por ese alto atentado te han metido, en prisión: sé que no has salido de ella más que para ser golpeado con veras y llevado a la picota, y sé, también, que has matado a tu padre y vendido a tu madre en subasta, matado a tu padre y vendido a tu madre en subasta. ¿Tengo yo bien la cabeza y sé responder a una injuria con otra?
- VIEJO. - ¡Te conjuro, médico! ¡Por Hércules! Apresúrate a hacer lo necesario. ¿NO ves que está completamente loco?
- MÉDICO. - ¿Sabes lo mejor que se puede hacer? Dispón que me lo lleven a casa.
- VIEJO. - ¿Tú crees?
- MÉDICO. - Seguro. Allí podré atenderle a mi gusto.
- VIEJO. - Pues bien; haz como quieras.
- MÉDICO (A Menecmo). - Te haré beber eléboro durante treinta días, aproximadamente.
- MENECSMO I. - Y yo te haré colgar y te acribillaré con un aguijón durante treinta.
- MÉDICO (Al viejo). - Rápido, ve a buscar hombres para transportarlo a mi casa.
- VIEJO. - ¿Cuántos harán falta?
- MÉDICO. - En el estado de furor en que se halla, cuatro por lo menos.
- VIEJO. - Estarán aquí en un instante. Mientras tanto, guárdalo bien, médico.
- MÉDICO. - Tengo que ir a casa a preparar lo que necesito. Tú, da orden a tus esclavos de que me lo traigan.
- VIEJO. - Estará allí en seguida; te lo prometo.
- MÉDICO. - Me voy.
- VIEJO. - Que lo pases bien. (Cada uno sale por su lado.)
- MENECSMO I. - Se fue el suegro, se fue el médico: y estoy solo. ¡Por Hércules! ¿Qué pasa para que les dé a éstos pro decir que estoy loco? En realidad, desde que nací, nunca he estado enfermo, ni un solo día. No hago locuras, no tengo líos ni pleitos con nadie. Razono y acepto razones; reconozco a las personas, les hablo. ¿No será que los que me llaman loco, están ellos locos? ¿Qué haré ahora? Querría estar en casa, pero mi mujer me ha arrojado de ella. Aquí (Señala la casa de Erotía.) no me reciben mejor. ¡Qué mala pasada! No me

moveré de aquí. Cuando caiga la noche, espero que me dejará entrar en casa.  
(*Se sienta en un rincón.*)

### ESCENA VII

#### MESENIÓN Y MENECSMO I

MESENIÓN (*Hablando consigo mismo*). - ¿A quién se reconoce como buen servidor? Yo creo que al que toma a pechos los intereses de su amo, vigila, dispone, piensa en todo y se preocupa, en su ausencia, de guardar sus bienes, con tanto celo o más que cuando él está presente. Si tiene el corazón bien puesto, pensará más en su espalda, que en su gaznate, en sus piernas que en su vientre. No olvidará las compensas que los amos reservan a los esclavos bribones, cuando son perezosos o desvergonzados. Los látigos, los grilletes, dar vueltas al molino, una fatiga abrumadora, hambre, frío que os atenaza: ése es el salario de una mala conducta. Temo mucho esos males; por eso he resuelto ser bueno y no una mala persona. Me resigno más fácilmente a recibir órdenes que golpes. ¡A éstos les tengo horror! Me gusta mucho más comer mi trigo medido, que molerlo para los demás. Por tanto, obedezco a mi dueño, ejecuto sus órdenes con celo y sin murmurar, y me encuentro bien. Los demás que hagan lo que les parezca; yo haré lo que debo hacer. Quiero estar siempre con temor para no caer en falta, y arreglármelas para estar dispuesto a servir a mi amo en cualquier momento. Para que un esclavo sea útil a su amo tiene que temerle sin cesar, incluso cuando no tiene culpa. Los que no temen nada, acaban, por lo mismo, temiendo después haber hecho mal. Por lo demás, no temeré mucho tiempo; se acerca el momento en que mi amo me recompensará por los servicios que le presto. Cumpló con mi obligación de la manera que me parece mejor para guardar mis espaldas. Ya he dejado en la posada el equipaje y los esclavos; como él me lo ordenó, vengo a su encuentro. Llamaré a la puerta para que sepa que estoy aquí; y procuraré sacarlo sano y salvo de este degolladero. Pero temo llegar demasiado tarde, después de acabado el combate.

### ESCENA VIII

#### VIEJO, cuatro ESCLAVOS, MENECSMO I y MESENIÓN

VIEJO (*A los esclavos*). - Por todos los dioses y por todos los hombres, os digo y os repito: no olvidéis mis órdenes, cuidad de ejecutarlas con inteligencia. Disponed a llevar a ese hombre en las espaldas, y conducidlo inmediatamente a casa del médico, si tenéis piernas y costillas. No le deis la menor importancia a sus amenazas. ¿Por qué no os movéis? ¿Dudáis? Os lo debíais haber cargado encima. Voy a casa del médico; me encontraréis al llegar. (*Sale.*)

MENECSMO I (*Al ver a los esclavos que corren a él*). Soy muerto. ¿Qué pasa aún? ¿Por qué corren estos hacia mí? ¡Misericordia! ¿Qué queréis vosotros? ¿Por qué me rondáis? ¿Adónde me arrastráis? ¿Adónde me lleváis? ¡Estoy perdido! Por favor, ciudadanos de Epidamno, ¡protegedme! ¡Socorro! (*A los esclavos.*) ¿Queréis dejarme?

- MESENIÓN. - ¡Sí! Yo, señor, y con todo el valor. ¡Qué indignidad, qué horror, ciudadanos de Epidamno! Que en vuestra ciudad, en tiempo de paz, en pleno día, en plena calle, se lleven a mi amo de esta manera. ¡Es vuestro huésped, un hombre libre! *(A los esclavos.)* ¡Dejadle!
- MENECSMO I. - Te ruego, quienquiera que seas, me ayudes y no permitas se me haga violencia, con esta falta de decoro.
- MESENIÓN. - No, no estáte tranquilo. Te ayudaré, te defenderé, te socorreré lo mejor que pueda. Nunca te dejaré perecer. ¡Antes moriré yo mismo! Sácale un ojo a ese que te sujeta el hombro, ¡amo mío! ¡Por los dioses! Yo me encargo de los otros; les voy a dar una granizada de golpes... *(Golpea a los esclavos.)* ¡Por Hércules, que os va a costar caro el quererlo llevar! ¡Dejadle!
- MENECSMO I. - Tengo el ojo de aquél.
- MESENIÓN. - ¡Arráncaselo! ¡Que no se le vea más que el sitio! *(Golpeando siempre).* - ¡Marchad ya! ¡Escapad! ¡Corred a prisa a que os cuelguen! Ten tú, ahí va eso; así aprenderás a salir el último. *(Escapan todos.)* He llegado felizmente a punto, no pude ser más oportuno. ¡Por Pólux mismo! He llegado a tiempo de prestarte ayuda.
- MENECSMO I. - En efecto, muchacho, y seas quien seas, quieran los dioses bendecirte. Sin ti yo hubiera muerto antes de la puesta del sol.
- MESENIÓN. - ¡Pues bien! ¡Por Pólux! Si quieres hacer un bien, debes manumitirme.
- MENECSMO I. - ¿Darte yo la libertad?
- MESENIÓN. - Claro, amo, puesto que te he salvado la vida.
- MENECSMO I. - ¿Qué dices? Te equivocas, muchacho.
- MESENIÓN. - ¿Cómo que me equivoco?
- MENECSMO I. - Juro por Júpiter, padre de todos, que no soy tu amo.
- MESENIÓN. - ¿Quieres callarte?
- MENECSMO I. - No miento. Nunca un siervo mío ha hecho lo que tú has hecho.
- MESENIÓN. - ¡Bueno! Ya que no quieres que sea tu esclavo, déjame ir libre.
- MENECSMO I. - Por mi parte, nada deseo más que lo que tú seas libre, y vayas a donde te agrade.
- MESENIÓN. - ¿Me autorizas para ello?
- MENECSMO I. - Naturalmente que sí, en tanto que tenga alguna autoridad sobre ti.

MESENIÓN. - ¡Salud, mi querido patrón! "Soy bien feliz al verte libre, Mesenión." "Diantre, os lo creo"<sup>11</sup>. Pero te ruego mi querido patrón, que continúes mandándome como cuando yo era tu esclavo. Seguiré viviendo contigo y cuando vuelvas a casa, te acompañare.

MENECSMO I. (*Aparte*). - Nada de eso. Imposible.

MESENIÓN. - Ahora voy a la posada; te traeré el equipaje y el dinero. La bolsa con los fondos para el viaje está bien guardada en la maleta; te la traigo en seguida.

MENECSMO I. - Apresúrate.

MESENIÓN. - Te la devolveré intacta, como me la has dado. Espérame aquí. (*Sale.*)

MENECSMO I. - Verdaderamente, todo lo que me ocurre hoy es raro, singularmente raro. Unos se niegan a reconocerme y me dejan en la puerta de mi casa. Otro, que se llamaba mi esclavo y al que acabo de dar la libertad, dice que me va a traer una bolsa con dinero. Si la trae, le diré que me la deje y se vaya libre a donde le parezca bien, para que no venga a reclamarme el dinero cuando se le siente la cabeza. Mi suegro y el médico decían que yo estaba loco. No comprendo nada. Me parece exactamente que estoy soñando. Entre tanto, vamos a ver a esta chica, aunque esté enfadada. Puede ser que, rogándole mucho, consiga que me devuelva la capa para llevarla a casa. (*Entra en casa de Erotía.*)

## ESCENA IX

### MENECSMO II Y MESENIÓN

MENECSMO II (*Llegando del lado del puerto con Mesenión*). - ¡Cómo, desvergonzado! ¡Tienes la audacia de sostener que te he visto hoy, después de ordenarte que vinieses aquí a buscarme?

MESENIÓN. - Sí, e incluso te he arrancado de las manos de cuatro hombres que te llevaban a costas, allí, delante de aquella casa. Llamabas en tu ayuda a hombres y dioses; yo acudí y, tras fuerte lucha, te libré a despecho de ellos. Y por eso, porque te salvé la vida, me has dado la libertad. Pero, después, cuando te he dicho que iba a buscar el equipaje y el dinero, te has apresurado a correr a mí para negar que lo habías hecho.

MENECSMO II. - ¿Yo te he dado la libertad?

MESENIÓN. - Así es.

MENECSMO II. - No deja de ser extraño. ¡Ahora que yo he decidido hacerme esclavo, te doy a ti la libertad!

<sup>11</sup> Mesenión finge aquí el diálogo que tendrá con sus amigos cuando le feliciten por su libertad.

## ESCENA X

### MENECMO I, MESENIÓN Y MENECMO II

- MENECMO I. *(Que sale de casa de Erotía).* - Aunque lo juréis por las niñas de los ojos, no podréis decir ¡malvados!, que yo me he llevado de aquí, hoy, el manto y el brazalete.
- MESENIÓN *(Al ver a Menecmo I).* - ¡Por los dioses inmortales! ¿Qué veo?
- MENECMO II *(Que le mira sin comprender).* - ¿Qué es lo que ves?
- MESENIÓN. - Tu imagen reflejada en un espejo.
- MENECMO II. - ¿Qué quieres decir?
- MESENIÓN. - Es tu retrato. No cabe mayor parecido.
- MENECMO II *(Examina a su vez a Menecmo I).* ¡Pardiez, en efecto! Se me parece lo bastante como para reconocer mis propios rasgos.
- MENECMO I *(A Mesenión I).* - ¡Hola, buenos días! Seas quien fueres, tú me has salvado la vida.
- MESENIÓN *(Muy agitado).* - Joven, te lo ruego, dime tu nombre, si lo tienes a bien.
- MENECMO I. - Me has hecho demasiado servicio para que te pueda negar algo. Mi nombre es Menecmo.
- MENECMO II *(Sobresaltado).* - No, ¡por Hércules! Es el mío.
- MENECMO I *(Sin aírle).* - He nacido en Siracusa, en Sicilia.
- MENECMO II. - Esa es mi casa y mi patria.
- MENECMO I. - ¿Qué te oigo?
- MENECMO II. - La pura verdad.
- MESENIÓN *(Señalando a Menecmo I).* - ¡Ah! A éste, ya lo reconozco: es mi amo. Es de él de quien yo soy esclavo; pero creía serlo de este otro. *(Señalando a su amo.)* *(A Menecmo I.)* Le he tomado por ti y le he enojado. *(A Menecmo II.)* Te ruego me perdones, si al hallarte te he dicho alguna tontería debida a mi ignorancia.
- MENECMO II. - Me parece que estás loco. ¿No recuerdas que hemos desembarcado hoy en el puerto?

- MESENIÓN *(Con asombro)*. – Sí, es verdad. Eres tú mismo. *(A Menecmo I.)* Búscate otro esclavo. *(A su dueño.)* Te saludo, amo mío. *(A Menecmo I.)* Deseo que lo pases bien. *(Vuelve al lado de su amo.)* He aquí a Menecmo, yo soy quien lo dice.
- MENECSMO I *(Con fuerza)*. – Y yo digo que soy yo.
- MENECSMO II. – ¿Qué significa esta comedia? ¿Tú, Menecmo?
- MENECSMO I. – Sí, yo soy Menecmo, hijo de Mosco.
- MENECSMO II *(Escéptico)*. – ¿Tú eres el hijo de mi padre?
- MENECSMO I. – No del tuyo, sino del mío. El tuyo no te lo discuto. No necesito birlártelo.
- MESENIÓN *(Aparte)*. – ¡Oh dioses inmortales! ¡Qué sospecho! ¡Haced, pues, se realice esta esperanza inesperada! Si no me equivoco, he aquí a los dos hermanos gemelos: el mismo país, el mismo padre, por lo que ambos dicen. Llamaré a mí amo aparte. *(Llama.)* ¡Menecmo!
- LOS DOS MENECSMOS *(A la vez)*. – ¿Qué quieres?
- MESENIÓN. – No llamo a los dos, sino a aquel que ha desembarcado conmigo.
- MENECSMO I. – Yo, no.
- MENECSMO II. – Yo, sí.
- MESENIÓN. – Entonces, es a ti a quien quiero hablar. Ven conmigo.
- MENECSMO II *(Se acerca a Mesenión que lo lleva un poco aparte)*. – ¿Qué se te ofrece?
- MESENIÓN. – O bien este hombre urde una intriga o es tu hermano gemelo. Nunca he visto a dos personas que se parezcan tanto. Dos gotas de agua o dos gotas de leche, puedes creerme, no se parecen tanto como vosotros dos. Y además él dice que tiene la misma patria y el mismo padre. Lo mejor es interrogarle.
- MENECSMO II. – ¡Por Hércules! El consejo es bueno y te lo agradezco. Prosigue tu indagación, te lo ruego. Si descubres que es mi hermano, eres libre.
- MESENIÓN. – Espero conseguirlo.
- MENECSMO II. – Y yo espero lo mismo. *(Vuelve al centro de la escena.)*
- MESENIÓN *(A Menecmo I)*. – Una palabra. Creo que dijiste que te llamabas Menecmo.
- MENECSMO I. – Sí, ése es mi nombre.
- MESENIÓN *(Señala a su dueño)*. – También él tiene por nombre Menecmo. Tú has nacido en Siracusa, en Sicilia, según dices; allí nació el también. Tu padre se llamaba Mosco, ¿no es así? El suyo, también. *(Se dirige a los dos hermanos.)* Ahora podéis prestarme atención los dos. Es por vuestro interés.

- MENECCMO I. - Te debo demasiado para no acceder a todo lo que me pidas. Aunque sea un hombre libre, estoy dispuesto a servirte como si me hubieras comprado con dinero.
- MESENIÓN. - Tengo la esperanza de que cada uno de vosotros encuentre su hermano gemelo, nacido de la misma madre y del mismo padre, en el mismo día.
- MENECCMO I. - ¡Es maravilloso! ¿Puedes mantener tu palabra?
- MESENIÓN. - Puedo. Pero, ahora, poneos ahí y responded, uno a uno, a mis preguntas.
- MENECCMO I. - Interroga: yo contestaré, sin ocultar nada de lo que pueda saber.
- MESENIÓN. - ¿Te llamas Menecmo?
- MENECCMO I. - Sí, sin duda.
- MESENIÓN. - ¿Tú también?
- MENECCMO II. - Sí.
- MESENIÓN. - ¿Dices que tu padre fue Mosco?
- MENECCMO I. - Sí.
- MENECCMO II. - Y el mío.
- MESENIÓN. - ¿Tú eres de Siracusa?
- MENECCMO I. - Ciertamente.
- MESENIÓN. - ¡Y tú!
- MENECCMO II. - No digo lo contrario.
- MESENIÓN. - Perfectamente. Hasta ahora, todos los indicios concuerdan. Atención, continúa. (A Menecmo I.) Dime, ¿cuáles son los recuerdos más antiguos que guardas de tu patria?
- MENECCMO I. - Recuerdo cuando acompañe a mi padre a la feria de Tarento; después, el instante en que me perdí entre la gente, y que alguien me llevó de aquella ciudad.
- MENECCMO II. - ¡Júpiter supremo, sálvame!
- MESENIÓN. - ¿Por qué gritas? ¿Quieres callarte? (A Menecmo I.) ¿Qué edad tenías cuando te llevó tu padre?
- MENECCMO I. - Siete años; mis dientes de leche empezaban a caerse. Después nunca más he vuelto a ver a mi padre.
- MESENIÓN. - Dime, ¿cuántos hijos había en tu familia?

- MENECCMO I. - Por lo que yo recuerdo, dos.
- MESENIÓN. - ¿Cuál era el mayor, tú o el otro?
- MENECCMO I. - Teníamos la misma edad los dos.
- MESENIÓN *(Que finge no comprender)*. - ¿Cómo puede ser eso?
- MENECCMO I. - Éramos gemelos.
- MENECCMO II. - Que los dioses me protejan.
- MESENIÓN. - Si interrumpes, me callaré.
- MENECCMO II *(Con viveza)*. - Mejor callaré yo.
- MESENIÓN *(A Menecmo I)*. - Dime: ¿tenías los dos el mismo nombre?
- MENECCMO I. - No, yo me llamaba Menecmo, como ahora; pero él se llamaba Sosicles.
- MENECCMO II. - Basta de dudas; ¡es él! No puedo contenerme más tiempo sin abrazarle *(Se arroja en sus brazos)*. ¡Hermano mío! ¡Mi hermano gemelo, salud! Yo soy Sosicles.
- MENECCMO I. - ¿Cómo tomaste después el nombre de Menecmo?
- MENECCMO II. - Cuando nos llegó la noticia de que habías desaparecido y te perdiste para nosotros, y nuestro padre había muerto, nuestro abuelo me hizo cambiar de nombre y me dio el que había sido tuyo.
- MENECCMO I. - Creo lo que dices. Pero contéstame a esto.
- MENECCMO II. - Pregunta.
- MENECCMO I. - ¿Cuál era el nombre de nuestra madre?
- MENECCMO II. - Teuximarca.
- MENECCMO I. - De acuerdo. ¡Salud hermano inesperado, a quien vuelvo a ver después de tanto tiempo!
- MENECCMO II. - ¡Salud, querido hermano, quien he buscado a costa de tantas penas y de tantas fatigas! ¡Qué alegría haberte encontrado!
- MESENIÓN *(A Menecmo II)*. - ¡Por eso la bella de enfrente te llamaba con el nombre de tu hermano! Te tomaba por tu hermano, cuando te invitó a comer.
- MENECCMO I. - En efecto. Yo le había dicho que me preparase hoy una comida, a escondidas de mi mujer, a quien hacía poco había rogado y esta capa para entregársela a aquélla.
- MENECCMO II. - ¿Hablas de esta capa que tengo?



MENECCMO I. - La misma. ¿Cómo ha llegado a ti?

MENECCMO II. - La bella con la que compartí el banquete, decía tercamente que yo se la había dado. Comí magníficamente, bebí mejor, en su compañía. Además me llevé la capa y la joya.

MENECCMO I. - Me alegro, ¡por Pólux!, de que por mi causa hayas conseguido ese momio. Al invitarte a su casa, es a mí a quien quería invitar.

MESENIÓN (A Menecmo I). - ¿Ves algún impedimento en que yo sea libre como tú haz dicho?

MENECCMO I. - Su petición es muy justa. Hermano ¡haz eso por mí!

MENECCMO II (Toca la mejilla de Mesenión). - Sé libre.

MENECCMO I. Me alegro de que seas libre, Mesenión.

MESENIÓN. - Pero necesito mejores auspicios, que me garanticen para siempre mi libertad.

MENECCMO II (A su hermano). - Ya que lo ocurrido colma nuestros deseos, volvamos a nuestro país.

MENECCMO I. - Como quieras, amado hermano. Haré aquí una venta en pública subasta de todos mis bienes, sin guardar nada. Mientras tanto, entremos en casa.

MENECCMO II. - Con mucho gusto.

MESENIÓN (A Menecmo I). - ¿Sabéis lo que os pido?

MENECCMO I. - ¿Qué?

MESENIÓN. - Que me deis el oficio de pregonero.

MENECCMO I. - Lo tendrás.

MESENIÓN. - ¿Quieres que anuncie la venta, ahora? ¿Para cuándo?

MENECCMO I. - Para dentro de siete días.

MESENIÓN (Al público). - La venta de Menecmo tendrá lugar dentro de siete días, por la mañana. Se venderán los esclavos, el mobiliario, las tierras, la casa. Todos los objetos vendidos, al precio que sea, serán pagados al contado. Se venderá hasta la mujer, si se encuentra comprador, pero yo creo que de toda la operación, apenas reunirá cincuenta ases. Y ahora, espectadores, ¡salud y a no economizar vuestros aplausos!

**FIN DE  
"MENAECMI"**

Seminario  
José Martí  
**SMJLG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-PR